

ANDRE AGASSI

Open

Traducción de Juanjo Estrella González



Duomo ediciones

Barcelona, 2014

No siempre podemos decir qué es lo que nos mantiene encerrados, lo que nos confina, lo que parece enterrarnos, y sin embargo sentimos ciertas barreras, ciertas rejas, ciertos muros. ¿Es todo ello imaginación, fantasía? Yo no lo creo. Y entonces nos preguntamos: Dios mío, ¿va a durar mucho, va a durar siempre, va a durar toda la eternidad? ¿Y sabes qué es lo que nos libera de esa cautividad? Un afecto muy profundo y muy serio. Ser hermanos, ser amigos, el amor, eso es lo que abre las puertas de la cárcel gracias a un poder supremo, a una fuerza mágica.

VINCENT VAN GOGH, carta a su hermano, julio de 1880.

El final

Abro los ojos y no sé dónde estoy, ni quién soy. No es algo tan excepcional. Llevo media vida sin saberlo. Aun así, esta vez me parece distinto. Esta confusión me da más miedo. Es más total.

Alzo la vista. Estoy tendido en el suelo, junto a la cama. Ya me acuerdo. De madrugada me he bajado de la cama y me he estirado aquí. Lo hago casi todas las noches. Me va mejor para la espalda. Si paso muchas horas sobre un colchón mullido, siento un dolor insoportable. Cuento hasta tres, y a continuación inicio el largo y doloroso proceso de ponerme en pie. Suelto una tos, un gemido, me vuelvo hacia un lado, adopto la posición fetal y me coloco boca abajo. Espero un poco. Espero un poco más a que la sangre empiece a bombear.

Soy un hombre joven, relativamente joven. Tengo treinta y seis años. Pero despierto como si tuviera noventa y seis. Después de tres decenios corriendo a toda velocidad y deteniéndome en seco, saltando muy alto y aterrizando con fuerza, mi cuerpo ya no me parece mi cuerpo, sobre todo por las mañanas. Como consecuencia de ello, mi mente no me parece mi mente. Desde que abro los ojos, soy un desconocido para mí mismo, y aunque, como digo, no sea nada nuevo, por las mañanas la sensación resulta más pronunciada. Repaso brevemente los hechos básicos: me llamo Andre Agassi. Mi mujer se llama Stefanie Graf. Tenemos dos hijos, un niño y una niña, de cinco y tres años. Vivimos en Las Vegas, Nevada, pero actualmente estoy instalado en una suite del hotel Four Seasons de Nueva York, porque participo en el Open de Estados Unidos. Mi último Open en América. De hecho, se trata del último torneo en el que voy a participar en toda mi carrera. Juego al tenis para ganarme la vida, aunque odio el tenis, lo detesto con una oscura y secreta pasión, y siempre lo he detestado.

Cuando este último fragmento de mi identidad encaja en su lugar, me pongo de rodillas y susurro: por favor, que acabe todo esto.

Y después: no estoy preparado para que acabe todo esto.

Ahora, en la habitación de al lado, oigo a Stefanie y a los niños. Están desayunando, charlando, riéndose. Mi imperioso deseo de verlos y acariciarlos, además de unas ganas inmensas de consumir cafeína, me proporcionan la motivación que necesito para levantarme, para pasar a la posición vertical. El odio me pone de rodillas; el amor me pone en pie.

Me fijo en el despertador de la mesilla de noche: las siete y media. Stefanie me deja dormir hasta más tarde. La fatiga de estos últimos días ha sido severa. Además del esfuerzo físico, está el agotador torrente de emociones desencadenado por mi inminente retirada. Ahora, alzándose desde el centro de la fatiga, surge la primera oleada de dolor: me toco la espalda. Me atenaza. Me siento como si alguien se hubiera colado en mi habitación en plena noche y me hubiera puesto en la columna una de esas barras antirrobo que se colocan en los volantes de los coches. ¿Cómo voy a jugar el Open con esa barra en la columna? ¿Tendré que suspender el último partido de mi carrera?

Nací con espondilolistesis; es decir que una vértebra lumbar se separó de la otra vértebra, se fue por su cuenta, se rebeló. (Se trata de la principal causa del llamado pie varo.) Con esa vértebra desalineada, queda menos espacio para los nervios en el interior de mi columna, y al menor movimiento mis nervios se sienten mucho más aprisionados. Si añadimos a la mezcla dos hernias discales y un hueso que no deja de crecer en un esfuerzo inútil por proteger la zona dañada, el resultado es que esos nervios empiezan a sentir algo que es directamente claustrofóbico. Y cuando los nervios protestan, reclamando el espacio que no tienen, cuando me envían señales de incomodidad, un dolor me recorre la pierna arriba y abajo, me quita el aliento y me hace maldecir. En esos momentos, lo único que me alivia es tenderme y esperar. No obstante, a veces ese momento llega en pleno partido. Entonces el único remedio consiste en alterar mi juego: balancearme de otra manera, correr de otra manera, hacerlo todo de otra manera. Pero, si lo hago, aparecen los espasmos. Todo el mundo evita el cambio; los músculos no pueden soportarlo. Si se les pide que cambien, mis músculos se suman a la rebelión de la columna, y al momento mi cuerpo entero se rebela contra sí mismo.

Gil, mi entrenador, mi amigo, mi padre de adopción, lo explica así: tu cuerpo te está diciendo que no quiere seguir haciendo lo que hace.

Mi cuerpo lleva mucho tiempo diciéndomelo, le digo a Gil. Casi tanto como el que llevo diciéndolo yo.

Pero desde enero mi cuerpo ya lo está gritando. No es que mi cuerpo quiera jubilarse; es que ya se ha jubilado. Mi cuerpo se ha ido a vivir a Florida y se ha comprado una casa adosada y unos pantalones de señor mayor. De modo que yo llevo un tiempo negociando con mi cuerpo, pidiéndole que hoy abandone su jubilación durante unas horas; mañana, durante unas horas más. Gran parte de esa negociación tiene que ver con una inyección de cortisona que, temporalmente, alivia el dolor. Aunque, de hecho, antes de que la inyección funcione, provoca su propio tormento.

Ayer me pusieron una, para que pueda jugar esta tarde. Es la tercera que me administran este año, la número treinta de toda mi carrera, y, con gran diferencia, la más temible. El médico, que no es mi médico habitual, me pidió con brusquedad que me colocara en posición. Yo me tendí sobre la mesa, boca abajo, y su enfermera me bajó los pantalones. El médico dijo que debía aproximar lo más posible la aguja de dieciocho centímetros a los nervios inflamados. Pero no podía atacar directamente, porque las hernias discales y el espolón del hueso le obstruían el acceso. Sus intentos de esquivarlos, de colarse donde quería, me hicieron saltar hasta el techo. Primero insertó la aguja. Después me colocó una gran máquina sobre la espalda para ver hasta qué punto ésta se había acercado a los nervios. Debía aproximarla, casi rozarlos con ella, me dijo, pero sin llegar a tocarlos. Si los tocaba, si llegaba a acariciarlos siquiera, el dolor sería tal que me impediría disputar el torneo. Y tal vez, también, me cambiara la vida. Así pues, la metía, la sacaba, maniobraba con ella, hasta que a mí se me saltaron las lágrimas.

Finalmente acertó. Dio en el blanco, dijo.

Y penetró la cortisona. La sensación de ardor me llevó a morderme el labio. Después sentí la presión. Me sentí impregnado, embalsamado. Empecé a notar que el pequeño espacio que alberga mis nervios en la columna se llenaba de vacío. La presión siguió aumentando, hasta que me pareció que me iba a estallar la espalda.

Por la presión se sabe que la cosa funciona, dijo el médico.

Sabias palabras, doctor.

Enseguida el dolor empezó a parecerme maravilloso, casi dulce, porque era de esos dolores que uno nota que preceden al alivio. Aunque, claro, tal vez todos los dolores sean así.

Mi familia hace más ruido. Salgo cojeando hasta el salón de nuestra suite. Mi hijo, Jaden, y mi hija, Jaz, me ven y gritan. ¡Papá! ¡Papá! Saltan arriba y abajo y quieren que los coja en brazos. Yo me detengo y me preparo, me planto ante ellos como un mimo imitando a un árbol en invierno. Pero ellos vacilan antes de dar el salto, porque saben que su padre está delicado últimamente, que su padre se desmoronará si lo tocan con demasiada fuerza. Yo les doy una palmadita en la cara y les beso en las mejillas, y me siento con ellos en la mesa, a desayunar.

Jaden pregunta si hoy es el día.

Sí.

¿Juegas?

Sí.

¿Y entonces, después de hoy, te *retiras*?

Una palabra nueva que él y su hermana menor han aprendido. *Retirarse*. Ellos no usan nunca el participio, la usan en presente, un presente que nunca acaba. Tal vez sepan algo que yo no sé.

No si gano, hijo. Si gano esta noche, sigo jugando.

Pero, si pierdes, ¿podré tener un perro?

Para mis hijos, mi retirada equivale a un cachorro. Stefanie y yo les hemos prometido que cuando deje de entrenar, cuando dejemos de viajar por todo el mundo, podremos comprar un cachorro. Tal vez lo llamemos *Cortisona*.

Sí, colega, cuando pierda, nos compraremos un perro.

Mi hijo sonrío. Espera que su papá pierda. Espera que su papá experimente una decepción que supere a todas las demás. Él no entiende –¿y cómo seré capaz yo de explicárselo alguna vez?– el dolor de perder, el dolor de jugar. A mí me ha llevado casi treinta años entender eso, resolver la ecuación de mi propia psique.

Le pregunto a Jaden qué va a hacer hoy.

Ir a ver los huesos.

Miro a Stefanie. Ella me recuerda que va a llevarlos al Museo de Historia Natural. Dinosaurios. Pienso en mis vértebras retorcidas. Pienso en

mi esqueleto en exposición en el museo, junto con todos los demás dinosaurios. *Tenis-aurus Rex*.

Jaz interrumpe mis pensamientos. Me ofrece su magdalena. Quiere que le quite todos los arándanos antes de comérsela. Nuestro ritual matutino. Todos y cada uno de los arándanos deben ser extraídos con precisión quirúrgica, lo que requiere concentración: introducir el cuchillo, moverlo circularmente, alcanzar de lleno el arándano sin tocarlo. Me concentro en su magdalena, y es un alivio pensar en algo que no sea el tenis. Pero cuando se la devuelvo, no puedo evitar pensar que se parece a una pelota de tenis, lo que hace que los músculos de mi espalda se agarroten, anticipándose. La hora se acerca.

Después del desayuno, después de que Stefanie y los niños se hayan despedido de mí con un beso y hayan salido corriendo rumbo al museo, permanezco sentado en silencio, y me fijo en la suite. Es como todas las suites de hotel en las que me he alojado, aunque más aún, si cabe. Limpia, elegante, cómoda: esto es el Four Seasons, o sea que es preciosa, pero sigue siendo una versión más de lo que yo llamo *No Hogar*. Esos no-lugares en los que existimos como deportistas. Cierro los ojos, intento pensar en esta noche, pero mi mente me lleva al pasado. Mi mente, estos días, posee un efecto de retroceso natural. A la más mínima oportunidad, quiere regresar al principio, porque ya me encuentro cerca del final. Pero no puedo permitírselo. Todavía no. No puedo permitirme recrearme demasiado en el pasado. Me levanto y camino alrededor de la mesa, compruebo mi equilibrio. Cuando me siento mínimamente estabilizado, me dirijo a buen paso hasta la ducha.

Bajo el agua caliente, gimo y grito. Me inclino despacio hacia delante, me toco los cuádriceps, empiezo a volver a la vida. Los músculos se des-tensan. La piel canta. Los poros se abren. La sangre tibia fluye más deprisa por mis venas. Siento que algo empieza a desperezarse. Vida. Esperanza. Las últimas gotas de juventud. Aun así, nada de movimientos bruscos. No quiero hacer nada que pueda sobresaltar a mi columna. Dejo que siga dormida.

De pie frente al espejo del baño, mientras me seco, me miro la cara. Ojos rojos, barba corta entrecana; un rostro totalmente distinto del que tenía cuando empecé. Pero también distinto del que veía el año pasado

cuando me miraba en este mismo espejo. Sea quien sea, ya no soy el niño que empezó esta odisea, y tampoco soy el hombre que anunció hace tres meses que la odisea tocaba a su fin. Soy como una raqueta de tenis a la que he cambiado la empuñadura cuatro veces y las cuerdas, siete: ¿es exacto afirmar que sigue siendo la misma raqueta? Sin embargo, en algún rincón de esos ojos sigo viendo, vagamente, al niño que, ya de entrada, no quería jugar al tenis, al niño que quería dejarlo, al niño que, de hecho, lo dejó muchas veces. Veo a ese niño rubio que detestaba el tenis, y me pregunto cómo vería él a este hombre calvo que sigue detestando el tenis y que sigue jugando. ¿Se mostraría impactado? ¿Le divertiría verlo? ¿Se sentiría orgulloso? La pregunta me fatiga, me aletarga, y apenas son las doce del mediodía.

Por favor, que acabe todo esto.

No estoy preparado para que acabe todo esto.

La línea de meta al final de una carrera deportiva no es distinta a la línea de meta al final de un partido. El objetivo es acercarse a esa línea porque cuando te encuentras a su alcance, ésta te proporciona una fuerza magnética. Cuando estás cerca, sientes que esa fuerza tira de ti, y puedes usarla para cruzarla. Pero justo antes de situarte en su radio de alcance, o inmediatamente después, experimentas otra fuerza igualmente poderosa que te aleja de ella. Esas dos fuerzas gemelas, esas dos energías contradictorias son inexplicables, místicas, pero las dos existen. Yo lo sé porque me he pasado una gran parte de mi vida persiguiendo una, luchando contra la otra, y en ocasiones me he visto encallado, suspendido, rebotando como una pelota de tenis entre las dos.

Esta tarde. Me recuerdo a mí mismo que me hará falta una disciplina férrea para enfrentarme a esas fuerzas, y a cualquier otra cosa que se interponga en mi camino. El dolor de espalda, los tiros malos, el mal tiempo, el desprecio de mí mismo. Este recordatorio es una forma de preocupación, pero también una meditación. Algo he aprendido en los veintinueve años que llevo jugando al tenis: la vida arroja de todo en tu camino, y tu misión consiste en ir evitando los obstáculos. Si dejas que esos obstáculos te detengan, o te distraigan, no haces tu trabajo, y si no haces tu trabajo lo lamentarás de un modo que te paralizará más que un mal dolor de espalda.

Me tumbo en la cama, con un vaso de agua, y leo. Cuando se me cansa la vista, enciendo la tele. «¡Esta noche, segunda ronda del Open de Esta-

dos Unidos! ¿Será ésta la despedida de Andre Agassi?». Mi rostro aparece en pantalla durante unos instantes. Un rostro distinto del que acabo de ver en el espejo. Mi cara de los partidos. Estudio ese nuevo reflejo mío en el espejo distorsionado que es la tele, y mi angustia aumenta un grado o dos. ¿Será ése mi último anuncio? ¿La última vez que la CBS promocionará uno de mis partidos?

No logro ahuyentar la sensación de que estoy a punto de morir.

No es casualidad, me digo, que el tenis recurra al lenguaje de la vida. Ventaja, servicio, falta, rotura, nada, los elementos básicos del tenis son los mismos que los de la vida cotidiana, porque todo partido es una vida en miniatura. Incluso la estructura del tenis, la manera en que las piezas encajan unas dentro de las otras como las muñecas rusas, reproduce la estructura de nuestros días. Los puntos se convierten en juegos, y éstos en sets, y éstos, a su vez, en partidos, y todo está tan íntimamente conectado que cualquier punto puede convertirse en punto de partido. A mí me recuerda la manera en que los segundos se convierten en minutos y los minutos en horas, horas que, además, pueden ser, todas ellas, las mejores de nuestras vidas. O las más oscuras. La decisión es nuestra.

Pero si el tenis es vida, entonces, lo que sigue al tenis debe de ser el vacío incognoscible. Esa idea me da escalofríos.

Stefanie abre la puerta y entra con los niños. Se suben a la cama y mi hijo me pregunta cómo me encuentro.

Bien, bien, le respondo. ¿Qué tal los huesos?

¡Divertido!

Stefanie les da unos bocadillos y unos zumos, y se los lleva de la habitación.

Han quedado para jugar con otros niños, me dice.

¿Ellos también?

Ahora podré echar una cabezadita. A los treinta y seis años, mi única manera de aguantar un partido nocturno, que puede alargarse hasta más allá de medianoche, es dormir antes un poco. Además, ahora que ya sé más o menos quién soy, quiero cerrar los ojos y ocultarme. Cuando vuelvo a abrirlos, ha pasado una hora. Me digo en voz alta: es la hora. Ya no vale seguir ocultándose. Me meto en la ducha una vez más. Pero esta ducha es distinta de la que me he dado esta mañana: la de la tarde siempre es más larga, de unos veintidós minutos, minuto más, minuto menos, y no

es una ducha ni para despejarme ni para lavarme. La ducha de la tarde es para transmitirme ánimos a mí mismo, para entrenarme.

El tenis es ese deporte en el que hablas contigo mismo. Otros deportistas no hablan consigo mismos como lo hacen los tenistas. Los bateadores, los golfistas, los porteros de fútbol se murmuran cosas ellos mismos, claro está, pero los tenistas llegan a conversar y a responderse. En el fragor de un partido, los tenistas parecen locos en una plaza pública, que despotrican y maldicen y celebran debates con sus álgos. ¿Por qué? Pues porque el tenis es un deporte muy solitario. Sólo los boxeadores pueden entender la soledad de los tenistas, y aun así ellos tienen a sus asistentes sentados en las esquinas, además de los mánagers. Incluso el oponente del boxeador le proporciona una especie de compañía; es alguien a quien puede encararse y al que puede gruñir. Pero en el tenis te plantas frente a tu enemigo, intercambias golpes con él, pero nunca lo tocas ni hablas con él, ni haces nada con él. Las reglas prohíben incluso que el tenista hable con su entrenador cuando se encuentra en la pista. A veces se compara la soledad del tenista con la del corredor de fondo, pero yo no puedo evitar reírme. Al menos ese corredor puede oler y sentir a sus contrincantes. Se encuentran a escasos centímetros de distancia. En el tenis, estás en una isla. De todos los deportes que practican hombres y mujeres, el tenis es el más parecido a una reclusión en régimen de aislamiento que, inevitablemente, propicia la conversación con uno mismo. En mi caso, esa charla se inicia con la ducha de la tarde. Es entonces cuando empiezo a decirme cosas, cosas locas, una y otra vez, hasta que acabo creyéndomelas. Por ejemplo, que un casi lisiado puede competir en el Open de Estados Unidos. Que un hombre de treinta y seis años puede vencer a un contrincante que apenas está entrando en su plenitud física. He ganado 869 partidos de tenis a lo largo de toda mi carrera, soy quinto en la lista de mejores jugadores de todos los tiempos, y muchos de esos partidos los gané durante esa ducha de la tarde.

Con el agua rugiendo en mis oídos –un sonido que no se diferencia mucho del clamor de veinte mil aficionados–, recuerdo algunas victorias en concreto. Son victorias que seguramente esos aficionados no recordarán especialmente, pero que a mí todavía me mantienen despierto por la noche. Contra Squillari en París. Contra Blake en Nueva York. Contra Pete en Australia. Después recuerdo algunas derrotas. Niego con la ca-

beza al sentir de nuevo la decepción. Me digo a mí mismo que esta noche me presento a un examen para el que llevo estudiando veintinueve años. Pase lo que pase esta noche, seguro que al menos una vez ya he pasado por lo mismo. Tanto si es una prueba física como si es una prueba mental, no será nada nuevo para mí.

Por favor, que acabe todo esto.

No quiero que acabe.

Empiezo a llorar. Me apoyo en la pared de la ducha, y me dejo llevar.

Me doy órdenes estrictas mientras me afeito: ve punto a punto. Oblígale a trabajárselo todo. Pase lo que pase, mantén la cabeza bien alta. Y, por el amor de Dios, disfrútalo, o al menos intenta disfrutar en algunos momentos, a pesar del dolor, a pesar de la derrota, si es eso lo que te espera.

Pienso en mi rival, Marcos Baghdatis, y me pregunto qué estará haciendo él en este mismo momento. Es nuevo en el torneo, pero no es el típico novato. Ocupa la octava posición mundial. Es un muchacho griego corpulento, fuerte, de Chipre, y este año se encuentra en una excelente forma. Ha llegado a la final del Open de Australia y a las semifinales de Wimbledon. Lo conozco bastante bien. Durante el Open de Estados Unidos del año pasado jugamos un set de prácticas. Yo no suelo jugar sets de prácticas con los demás jugadores durante un Grand Slam, pero Baghdatis me lo pidió de tal manera que me desarmó. Un programa de televisión chipriota estaba grabando un reportaje sobre él, y me preguntó si me importaría que nos grabaran practicando. Sí, claro, le dije. ¿Por qué no? Yo gané ese set de prácticas 6-2, y después todo fueron sonrisas. Me di cuenta de que Baghdatis es de los que sonríen cuando están contentos y también cuando están nerviosos, y cuesta distinguir por qué en cada momento. Me recordaba a alguien, pero no se me ocurría a quién.

Le dije que jugaba un poco como yo, y él me comentó que no se trataba de algo casual: de pequeño tenía pósteres míos en las paredes de su habitación, e imitaba mi forma de jugar. En otras palabras, esta noche voy a enfrentarme a mi imagen reflejada. Él jugará desde el fondo de la pista, devolverá deprisa, tenderá a apurar las líneas, lo mismo que yo. El nuestro va a ser un tenis muy igualado, y los dos intentaremos imponer nuestra voluntad, y los dos buscaremos la ocasión de clavar un revés sobre la misma línea de fondo. Él no posee un saque imponente, y yo tampoco, lo que se

traducirá en puntos largos, jugadas largas, y consumo de mucha energía y mucho tiempo. Debo prepararme para puntas de gran actividad, para un juego combinado, para un tenis de desgaste, para la forma más brutal de este deporte.

Aunque, claro está, la diferencia más evidente entre Baghdatis y yo es física. Los dos tenemos cuerpos distintos. Él tiene el cuerpo que tenía yo antes. Es flexible, rápido, ágil. Tendré que vencer a la versión más joven de mí mismo si pretendo que siga funcionando la versión más vieja. Cierro los ojos y me digo: controla lo que esté en tu mano controlar.

Lo repito, esta vez en voz alta. Decirlo en voz alta me da valor.

Cierro el grifo y me pongo en pie, y me estremezco. Resulta mucho más fácil sentirse valiente bajo un chorro de agua hirviendo. Aun así, me recuerdo a mí mismo que la valentía del agua caliente no es la valentía verdadera. Al fin y al cabo, lo que cuenta no es lo que sientes; es lo que haces lo que te da el valor.

Stefanie y los niños regresan. Es hora de someterme al *Agua de Gil*.

Yo sudo mucho más que la mayoría de los tenistas, por lo que necesito empezar a hidratarme muchas horas antes del inicio de un partido. Ingiere litros de un elixir mágico inventado para mí por Gil, el que ha sido mi preparador físico durante los últimos diecisiete años. El *Agua de Gil* es una mezcla de carbohidratos, electrolitos, sal, vitaminas y algunos otros ingredientes. Gil guarda celosamente el secreto de su fórmula (lleva dos decenios afinándola). En condiciones normales, empieza a administrármela la noche anterior a un partido, y sigue obligándome a beberla hasta poco antes de su inicio. Después, una vez iniciado, sigo dando sorbos del brebaje. Según cada momento, consumo una variante u otra del *Agua de Gil*, cada una de un color. Rosa para energizarse; roja para recuperarse; marrón para recargarse.

A los niños les encanta ayudarme a llenar las botellas de *Agua de Gil*. Se pelean por ver quién va a por los polvos, quién coge antes el embudo, quién vierte la mezcla en las botellas de plástico. En cualquier caso, yo soy el único que puede meter las botellas en la bolsa, junto con la ropa, las toallas, los libros, las viseras y las muñequeras. (Mis raquetas, como siempre, vienen después). Yo soy el único que puede tocar mi bolsa de tenis y, cuando finalmente todo lo que debo llevar está dentro, la dejo junto a

OPEN

la puerta, como si se tratara del equipo de un asesino, la señal que indica que el día se acerca ya mucho a la hora bruja.

A las cinco, Gil me llama desde el vestíbulo.

Me pregunta: ¿estás listo? Es hora de bajar. Hoy hay pelea, Andre. Hay pelea.

Hoy todo el mundo dice «hay pelea», pero Gil lleva años diciéndolo, y nadie lo dice como él. Cuando Gil dice «hay pelea», noto que se me encienden los depósitos de energía, y mis niveles de adrenalina se disparan como géiseres. En ese momento me siento capaz de levantar un coche por encima de mi cabeza.

Stefanie lleva a los niños hasta la puerta y les dice que papá tiene que irse. ¿Qué se dice, niños?

Jaden grita: ¡Destrózalo, papá!

¡Destrózalo!, dice Jaz, imitando a su hermano.

Stefanie me besa y no dice nada, porque no hay nada que decir.

En el coche, Gil ocupa el asiento delantero. Viene de punta en blanco: camisa negra, corbata negra, chaqueta negra. Se viste para los partidos como si tuviera una cita a ciegas o fuera a dar un golpe con la mafia. De vez en cuando se mira su larga cabellera negra en alguno de los retrovisores. Yo voy detrás con Darren, mi entrenador, un australiano que luce en todo momento un bronceado intenso y al que en ningún momento abandona la mejor de sus sonrisas. Durante un buen rato ninguno de los tres decimos nada. Después, Gil recita la letra de una de nuestras canciones favoritas, una vieja balada de Roy Clark, y su voz grave, de barítono, inunda la cabina.

*Just going through the motions and pretending
we have something left to gain.*

Me mira. Espera.

Yo digo: *We can't build a Fire in the Rain.**

Él se echa a reír. Yo me echo a reír. Por un momento, me olvido de las mariposas en el estómago.

* Versos de la canción *We Can't Build a Fire in the Rain*, de Roy Clark: «Repetir las acciones y fingir que nos queda algo que ganar...». «No podemos encender una hoguera bajo la lluvia». (*N. del T.*)

Esas mariposas son muy suyas. Unos días te obligan a salir corriendo al baño. Otros, te ponen cachondo. Otros, te hacen reír y esperar con impaciencia el combate. Determinar qué tipo de mariposas son las que te afectan (monarcas o polillas) es lo primero que hay que hacer cuando uno se dirige a las pistas. Saber cómo son esas mariposas, descifrar qué es lo que revelan sobre el estado de tu cuerpo y de tu mente, es el primer paso para conseguir que actúen en tu beneficio. Ésa es una de las miles de lecciones que he aprendido de Gil.

Le pregunto a Darren qué piensa de Baghdatis. ¿Qué grado de agresión debo demostrar esta noche? En el tenis, todo es cuestión de grados de agresividad. Hay que ser lo bastante agresivo para controlar un punto, pero no tanto para sacrificar el control y exponerse a riesgos innecesarios. Mis preguntas sobre Baghdatis son las siguientes: ¿cómo intentará perjudicarme? Si yo lanzo un revés cruzado al inicio de un punto, hay jugadores que se muestran pacientes, otros que se ponen en evidencia desde el principio, que machacan desde el fondo o que la suben a la red. Como yo nunca he jugado contra Baghdatis, exceptuando nuestro único set de prácticas, me interesa saber cómo reaccionará a un juego conservador. ¿Dará un paso al frente y se enfrascará en el juego cruzado habitual, o se mantendrá atrás, tomándose su tiempo?

Darren dice: colega, creo que si te muestras demasiado conservador en tus jugadas, has de dar por sentado que ese tío te pillaré el punto y te hará daño con su *drive*.

Entiendo.

Por lo que respecta al revés, no le resulta tan fácil enviarlo al fondo de la pista. No tendrá prisa por apretar ese gatillo. Así que si ves que devuelve reveses largos, eso significa, sin duda, que no estás poniendo toda la energía en tus jugadas largas.

¿Y se mueve bien?

Sí. Es de los que sabe moverse bien por la pista. Pero no se siente cómodo jugando a la defensiva. Se mueve mejor cuando ataca que cuando defiende.

Vaya...

Nos acercamos al estadio. Los fans se arremolinan. Firmo algunos autógrafos, y después entro por una puerta pequeña. Avanzo por un túnel largo y entro en el vestuario. Gil se va a consultar con el servicio de se-

guridad. Siempre quiere que sepan a qué hora exacta entraremos en la pista a practicar y calentar, y a qué hora saldremos. Darren y yo dejamos las bolsas y nos vamos directamente a la sala de entrenamiento. Yo me tumbo y le suplico al primer preparador que se acerca que me masajee la espalda. Darren se ausenta y regresa cinco minutos más tarde con cinco raquetas de cuerdas recién tensadas. Las deja sobre mi bolsa. Sabe muy bien que no me gusta que me las meta nadie en la bolsa, que es algo que tengo que hacer yo mismo.

Tengo obsesión con mi bolsa. La mantengo meticulosamente ordenada, y no me disculpo ante nadie por ese ejemplo de retención anal. La bolsa es mi maletín, mi maleta, mi caja de herramientas, mi fiambarrera y mi paleta. Necesito que esté siempre impecable. La bolsa es lo que llevo a la pista, y lo que me llevo de allí, en dos momentos en los que todos mis sentidos están exacerbados, por lo que soy capaz de percibir lo que pesa con gran precisión. Si alguien metiera en mi bolsa de tenis unos calcetines de rombos sin yo saberlo, lo notaría. La bolsa de deporte se parece mucho al corazón: debes saber qué contiene en todo momento.

También es una cuestión de funcionalidad. Necesito que mis ocho raquetas estén colocadas cronológicamente en ella, la que ha sido tensada más recientemente al fondo, y la que lleva más tiempo sin tensar encima, porque cuanto más tiempo reposa una raqueta, más tensión pierde. Yo siempre empiezo un partido con la raqueta que lleva más tiempo sin tensar, porque sé que es la raqueta con menor tensión en sus cuerdas.

Mi tensador de cuerdas es de la vieja escuela, del Viejo Mundo. Es checo y se llama Roman. Es el mejor, y tiene que serlo, porque de un buen tensado depende en ocasiones el resultado de un partido, y del resultado de un partido depende en ocasiones el desarrollo de una carrera deportiva, y de una carrera deportiva pueden depender innumerables vidas. Cuando extraigo una raqueta nueva de la bolsa, porque la saco yo y de ese juego depende que gane el partido, la tensión de las cuerdas puede representar cientos de miles de dólares. Como juego para mi familia, para mi fundación benéfica, para mi escuela, cada cuerda es como el cable de un motor de avión: dado que es mucho lo que escapa a mi control, me obsesiono con las pocas cosas que sí dependen de mí, y el tensado de la raqueta es una de ellas.

Tan fundamental resulta Roman para mi juego, que me lo llevo conmigo cuando tengo torneos. Oficialmente, reside en Nueva York, pero

cuando juego en Wimbledon, vive en Londres, y cuando participo en el Open francés –Roland Garros– se convierte en parisino. A veces, si me siento perdido y solo en alguna ciudad extranjera, me siento junto a él y lo observo mientras tensa raquetas. No es que desconfíe de él, sino todo lo contrario: ver trabajar a un artesano me calma, me ancla en la tierra, me inspira. Me recuerda la extraordinaria importancia que en este mundo tiene el trabajo bien hecho.

Las raquetas de serie le llegan a Roman en una gran caja, desde la fábrica, y siempre desordenadas. Para el ojo profano, todas se ven idénticas; para Roman, son tan distintas como rostros en medio de una multitud. Las vuelve del derecho y del revés varias veces, frunce el ceño y realiza cálculos mentales. Finalmente, se pone manos a la obra. Empieza por eliminar la empuñadura de serie, y la sustituye por la mía, la que llevo usando desde que tenía catorce años. Mi empuñadura es tan personal como mi huella dactilar, producto no sólo de la forma de mi mano y la longitud de mis dedos, sino del tamaño de mis callosidades y de mi fuerza de agarre. Roman cuenta con un molde de ese agarre, y lo aplica a la raqueta. Después envuelve el molde con piel de ternera, y la golpea para afinarla hasta que adquiere el grosor deseado. Un milímetro de diferencia, al final de un partido de cuatro horas, puede resultar tan irritante y distraer tanto como una piedra en un zapato.

Con la empuñadura recién adaptada, Roman ataca el encordado. Tensa las cuerdas, las suelta, vuela a tensarlas, afinándolas con la misma precisión que si se tratara de cuerdas de viola. Después graba las cuerdas, y agita vigorosamente la raqueta para que el grabado se seque. Hay tensadores de raquetas que graban las raquetas inmediatamente antes de los partidos, lo que considero absolutamente desconsiderado y poco profesional: el grabado salta por la fricción de las pelotas, y no hay nada peor que jugar con alguien que mancha las pelotas de pintura roja y negra. A mí me gusta el orden y la limpieza, y ello implica que no quiero pelotas manchadas de pintura. El desorden es una distracción, y cualquier distracción en la pista es un posible punto perdido.

Darren abre dos latas de pelotas y se mete dos en el bolsillo. Yo doy un trago de *Agua de Gil*, y orino por última vez antes del calentamiento. James, el guardia de seguridad, nos conduce hasta el túnel. Como de costumbre, lleva una camisa amarilla de uniforme, que le queda muy apre-

tada, y me guiña un ojo como diciendo: se supone que nosotros, los guardias de seguridad, somos imparciales, pero yo voy contigo.

James lleva casi tanto tiempo como yo trabajando en el Open de Estados Unidos. Ya me ha guiado en otras ocasiones por ese mismo túnel, tras victorias gloriosas y derrotas dolorosísimas. Corpulento, amable, con cicatrices de tipo duro que luce con orgullo, James se parece un poco a Gil. Es casi como si sustituyera a Gil durante esas pocas horas en la pista, cuando me encuentro fuera de su órbita de influencia. Hay personas a las que cuentas con ver durante el Open de Estados Unidos –personal administrativo, recoge pelotas, entrenadores–, y su presencia siempre resulta tranquilizadora. Te ayudan a recordar dónde estás y quién eres. James ocupa el primer lugar en esa lista. Es una de las primeras personas a las que busco cuando entro en el Arthur Ashe Stadium. Al verlo, sé que estoy de nuevo en Nueva York, y en buenas manos.

Desde 1993, año en que un espectador, en Hamburgo, saltó a la pista y apuñaló a Monica Seles durante un partido, el Open de Estados Unidos ubica a un guardia de seguridad detrás de cada jugador durante todas las pausas y los cambios de lado de pista. James siempre se asegura de ser él quien ocupe el lugar posterior a mi silla. Su incapacidad para mostrarse imparcial nunca deja de resultarme enternecedora. En el transcurso de un partido despiadado, muchas veces pillo a James con gesto de preocupación, y le susurro: no te preocupes, James, que éste de hoy está chupado. Siempre lo hago reír.

Ahora, mientras me lleva hasta las pistas de prácticas, no se ríe. Parece triste. Sabe que ésta podría ser nuestra última noche juntos. Aun así, no se desvía ni un ápice de nuestro ritual previo al partido. Dice lo mismo que dice siempre.

Deja que te ayude con esa bolsa.

No, James, esta bolsa no la toca nadie más que yo.

Le explico a James que, cuando tenía siete años, vi que Jimmy Connors le pedía a alguien que le llevara la bolsa, como si fuera Julio César. Y en aquel mismo instante juré que yo siempre me llevaría la mía.

Está bien, dice James, sonriendo. Ya lo sé, ya lo sé. Lo recuerdo. Sólo quería ayudar.

Y entonces le pregunto: James, ¿hoy me cubres la espalda?

Sí. Tranquilo. Eso es cosa mía. No te preocupes por nada. Tú a lo tuyo.

Salimos. En ese anochecer de septiembre, el cielo está teñido de violeta, naranja y contaminación. Me acerco a los *stands*, estrecho la mano a algunos otros fans, firmo otros autógrafos antes de empezar a practicar. Hay cuatro pistas de prácticas, y James sabe que quiero la que queda más lejos de la multitud, para que Darren y yo podamos disponer de un poco de tranquilidad mientras le damos a la pelota y hablamos de estrategia.

Me quejo mientras doy el primer revés largo que va al *drive* de Darren. No le des así esta noche, me dice él. Baghdatis te hará daño.

¿En serio?

Confía en mí, tío.

¿Y dices que se mueve bien?

Sí, bastante bien.

Entrenamos durante veintiocho minutos. No sé por qué me fijo en esos detalles, la duración de la ducha de la tarde, la duración de una sesión de práctica, el color de la camisa de James... Querría no fijarme, pero me fijo, constantemente, y después lo recuerdo para siempre. Mi memoria no se parece en nada a mi bolsa de tenis: yo no intervengo para nada en su contenido. Ahí entra todo, y nunca parece salir nada.

Lo de la espalda va bien. El agarrotamiento normal, pero el dolor insoportable ha desaparecido. La cortisona funciona. Me siento bien, aunque, claro está, la definición de lo que es sentirse bien ha ido evolucionando a lo largo de los últimos años. Me siento mejor de lo que me sentía cuando abrí los ojos esta mañana, cuando se me pasó por la cabeza no jugar. Tal vez sí pueda competir. Claro que mañana habrá consecuencias físicas graves, pero no me conviene pensar mucho en el mañana, lo mismo que no me conviene pensar mucho en el ayer.

De nuevo en el vestuario, me quito la ropa sudada y me meto en la ducha. Mi tercera ducha del día es breve, práctica. Ahora no hay tiempo para mentalizaciones ni para llantos. Me visto con unos pantalones cortos limpios y una camiseta, y pongo los pies en alto. Bebo toda el *Agua de Gil* que mi cuerpo acepta, porque son las seis y media, y queda casi una hora para que empiece el partido.

Hay un televisor sobre la mesa del vestuario e intento ver las noticias. No puedo. Bajo hasta las oficinas a visitar a las secretarías y a los empleados del Open de Estados Unidos. Están ocupados. No tienen tiempo de hablar. Franqueo una puerta pequeña. Stefanie y los niños han llegado.

Están en un patio de juegos pequeño situado junto al vestuario. Jaden y Jaz se turnan en el tobogán de plástico. Sé que Stefanie agradece tener aquí a los niños, porque así se distrae. Ella está mucho más nerviosa que yo. Parece casi molesta. Su ceño fruncido dice: «¡Esto ya debería haber empezado! ¡Vamos!». Me encanta esa manera que tiene ella de buscar pelea.

Converso un rato con ella y con los niños, pero no oigo ni una palabra de lo que dicen. Mi mente está muy lejos. Stefanie ve. Siente. No se ganan veintidós torneos de Grand Slam sin un sentido altamente desarrollado de la intuición. Además, ella se ponía igual que yo antes de sus partidos. Así que me envía a los vestuarios. Vete. Nosotros estaremos aquí. Haz lo que tengas que hacer.

Ella no va a ver el partido desde la pista. Le resulta demasiado cercano. Se quedará en uno de los palcos elevados con los niños, paseando de arriba abajo a ratos, rezando a ratos, cubriéndose los ojos.

Entra Pere, uno de los preparadores más veteranos. Sé perfectamente cuál de las bandejas que trae es para mí: es la que tiene dos aros de espuma y veinticuatro tiritas. Me tumbo en una de las camillas de la sala de entrenamiento, y Pere se sienta a mis pies. Para preparar a esos perros para la guerra hay que manchar bastante, así que pone un cubo debajo. Me gusta que Pere sea pulcro, meticuloso: el Roman de los callos. Primero me pasa un bastoncillo de los oídos con una sustancia que parece tinta, y que hace que me quede la piel pegajosa y el empeine granate. No hay manera de quitársela. Mi empeine lleva manchado de esa tinta desde que Reagan era presidente. Ahora Pere me rocía con un endurecedor de piel. Lo deja secar, y rodea cada una de las callosidades con un aro de espuma. Después vienen las tiritas, que son como de papel de arroz, y se convierten al instante en parte de mi piel. Me envuelve con ellas cada uno de los pulgares de los pies hasta que alcanza el tamaño de una bujía. Finalmente me cubre con el resto de tiritas las plantas de los pies. Conoce mis puntos de presión, las zonas con las que aterrizo tras un salto y en las que, por tanto, necesito capas extra de acolchado.

Le doy las gracias, me pongo el polo del partido, los calcetines, las zapatillas, sin atar. Ahora, a medida que todo empieza a ralentizarse, el volumen de los sonidos aumenta. Hace unos momentos el estadio estaba en silencio; ahora la estridencia es máxima. El aire se llena de zumbidos,

de murmullos, el ruido de los aficionados que ocupan deprisa sus asientos, que se acomodan, impacientes, porque no quieren perderse ni un minuto de lo que está a punto de empezar.

Me pongo en pie. Estiro las piernas.

Ya no volveré a sentarme.

Pruebo una carrerilla por la sala. No está mal. La espalda aguanta. Todos los sistemas funcionan.

Al otro lado del vestuario veo a Baghdatis. Ya está vestido, y se toca el pelo frente al espejo. Lo mueve, se lo peina, se lo echa hacia atrás. ¡Vaya! Tiene mucho pelo. Ahora se coloca la cinta en la cabeza, una especie de pañuelo blanco. No deja de moverla hasta que le queda perfecta, y después se da un último tirón a la coleta. Se trata, sin duda, de un ritual previo al partido mucho más glamuroso que acolcharse los callos. Recuerdo mis problemas con el pelo en una etapa temprana de mi carrera. Por un momento siento envidia. Echo de menos mi pelo. Después me paso una mano por la calva y siento gratitud de que, siendo tantas las cosas que me preocupan en este momento, el pelo no sea una de ellas.

Baghdatis empieza a estirarse, dobla la cintura. Se apoya en un solo pie y se acerca una rodilla al pecho. Nada desasosiega más que ver a tu contrincante practicar pilates, yoga y taichi cuando tú no puedes ni hacer una reverencia. Ahora mueve las caderas adoptando unas posturas que yo no he vuelto ni a intentar desde que tenía siete años.

Y sin embargo, se esfuerza demasiado. Está ansioso. Casi creo oír su sistema nervioso central, un rumor que es como ese zumbido del estadio. Observo cómo se relacionan sus entrenadores con él, y percibo que ellos también están inquietos. Sus rostros, su lenguaje corporal, el tono de su piel, todo me indica que saben que van a participar en una pelea callejera, y no están seguros de quererlo. Siempre me gusta que mi rival y su equipo muestren una energía nerviosa. Es un buen augurio, pero también una muestra de respeto.

Baghdatis me ve y sonrío. Recuerdo que sonrío cuando está contento y cuando está nervioso, y que nunca se sabe qué es lo que siente en un momento dado. Una vez más me recuerda a alguien, pero no se me ocurre a quién.

Levanto la mano. Buena suerte.

Él levanta la suya. Los que van a morir...

OPEN

Me meto en el túnel para hablar un momento con Gil por última vez. Se ha instalado en una esquina, para poder estar solo y a la vez echarle un ojo a todo. Me pasa un brazo por el hombro, me dice que me quiere y que está orgulloso de mí. Me encuentro a Stefanie y le doy un último beso. Ella se balancea, se mueve de un lado a otro, golpea el suelo con los pies. Daría lo que fuera por ponerse una falda corta, agarrar una raqueta y salir conmigo a la pista. Mi mujercita, siempre tan aguerrida. Intenta sonreír, pero la sonrisa se le queda en mueca. Veo en su rostro todo lo que quiere decir pero que no se permite decir. Oigo todas las palabras que se niega a pronunciar. Disfruta, saboréalo, empápate de todo, fíjate en todos y cada uno de los detalles pasajeros, porque podría no haber más, y aunque odies el tenis, es posible que llegues a echarlo de menos cuando termine esta noche.

Eso es lo que quiere decir, pero en lugar de hacerlo me besa y me dice lo que me dice siempre antes de que salga a la pista, algo con lo que yo he llegado a contar tanto como con el aire, con el sueño, con el *Agua de Gil*.

Destrózalo.